

Conferencia inaugural del Coloquio

Opening Conference



BERNADINO PIÑERA
Obispo Emérito de Temuco

RESUMEN Monseñor Bernardino Piñera, arzobispo emérito de la arquidiócesis de La Serena (nacido en París, Francia, en el año 1915), quien además fue obispo de la diócesis de Temuco en la época del Concilio Vaticano II, nos comparte en esta conferencia sus impresiones sobre lo vivido en las sesiones del Concilio. Destacando la presentación que hace de los documentos del Concilio, los aportes a la vida de la iglesia. De una forma particular destaca su experiencia in situ de lo vivido por la Iglesia en ese tiempo.

PALABRAS CLAVE Concilio Vaticano II, historia y desarrollo.

ABSTRACT Mons. Bernardino Piñera, emeritus bishop of La Serena, was born in Paris, France, in 1915. He was bishop of Temuco Diocese during the Vatican II, in which he was a participant. In this conference he shares his impressions of what he experienced during the Council's sessions. He highlights the different documents and their contribution to the Church. In this way, he particularly highlights in situ what was the experience of the church at that time.

KEYWORDS Council Vatican II, history and development.

Cuando el 11 de octubre de 1962 ingresé junto con tres mil obispos y miles de otras personas a la nave central de la Basílica de San Pedro, en ese espectáculo grandioso que se popularizó tanto en aquel entonces por la prensa, yo no pensé nunca que 50 años después, de esos tres mil o más obispos ahí presentes, todos vestidos de morado, sólo iban a quedar vivos unos diez o doce y que yo sería uno de éstos. Yo soy uno de los muy pocos sobrevivientes de la primera sesión del Concilio. Y lo sé, porque yo soy uno de los pocos obispos que quedan en el mundo, que fui nombrado por el Papa Pío XII. Parece un personaje prehistórico para muchos. De los obispos nombrados por Pío XII sólo quedábamos, hace 3 años, quince. Ahora supongo que seremos muchos menos. En todo caso, en Chile no queda ningún obispo, desde hace tiempo ya, que haya participado en el Concilio.

Cuando yo regresé del Concilio, según una costumbre que ustedes me conocieron en Temuco, yo escribí un folleto sobre el Concilio Vaticano II: «¿Qué fue? ¿Qué hizo?» (anexo 1 en esta revista). Creo que también este ejemplar es el único sobreviviente de aquel entonces, pero me ha servido para recordar un poco, actualizar lo que les voy a decir hoy.

El Concilio Vaticano II puede considerarse, en cierto sentido, como una serie de textos, un libro. Así como están las actas del Concilio Vaticano I, las actas del Concilio de Trento, está un libro que comprende los textos que fueron aprobados, promulgados por el Concilio Vaticano II.

Esos textos son de tres tipos: las Constituciones que son cuatro, que son las más importantes, los decretos, que son nueve, que tienen cierta autoridad legislativa, y las declaraciones que dicen lo que piensa el Concilio, pero que no precisan un grado de obligación. Esos textos, si uno los considera bien, uno siente la necesidad de ordenarlos en un orden lógico no en el orden cronológico, porque de hecho fueron votados en forma desordenada, o sea, había muchos motivos prácticos para abordar un tema antes que otro,

aun cuando lógicamente el orden hubiera sido diferente. Pero hay que decir que el orden del Concilio se fue dando sobre la marcha. Cuando llegamos al Concilio, el orden que se suponía que se seguiría, que era el de las comisiones preparatorias, nombradas por el Vaticano, poco a poco se fue esfumando. La vida pudo más que los esquemas y cuando uno considera hoy día el conjunto de los textos, se da cuenta que el orden lógico no corresponde al orden cronológico. El orden lógico es bien interesante porque abarca casi diríamos todos los problemas de la Iglesia y los voy a recordar brevemente.

Hay un texto muy importante, para algunos el más importante doctrinariamente, pero que no ha sido tan conocido por el pueblo fiel, que trata de la Revelación Divina: *Dei Verbum*, la Palabra de Dios, que es de la cual vivimos todos, en último término, todo lo que somos, dependemos de una palabra, la Palabra de Dios, de la Biblia. Entonces qué es; cómo ve la Iglesia de hoy la Palabra de Dios. Porque no se ha visto exactamente de la misma manera a lo largo de los siglos. Después, ¿qué es la Iglesia, la Iglesia Católica? El misterio de la Iglesia, la eclesiología, que para mí, que fui uno de los miles de participantes del Concilio, fue el tema más importante, el que apasionó más a los obispos o por lo menos el que me apasionó más a mí, el documento sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*). Y en tercer lugar, el documento que más impactó, sobre todo en los primeros tiempos, al pueblo católico en el mundo entero fue la renovación de la liturgia, la supresión en la práctica del latín, cosas así. Esos son tres temas, como quien dice, de teología fundamental, después nos detuvimos bastante tiempo, pero sin demasiado entusiasmo, en repasar los problemas nuestros, entonces hubo algún texto sobre los obispos, sobre los presbíteros; no hubo texto sobre los diáconos, pero los diáconos quedaron incluidos en el tema sobre la Iglesia; hubo también sobre los seminaristas, sobre los religiosos y las religiosas, sobre los laicos, o sea, la Iglesia, los obispos estuvimos meditando un tiempo, pero no demasiado, sobre nuestra gente, la gente que forma el núcleo de la Iglesia. Pero

luego se extendió la vista y se reflexionó sobre los laicos, que a partir del Concilio cada vez se les nombró menos como los laicos, porque laico, en buenas cuentas, significa «el cristiano que no es clérigo» y no se puede definir a una persona por lo que no es. Entonces la palabra laico ha perdido un poco. Somos los fieles, los fieles cristianos, por supuesto que no son, que no han recibido el orden sacerdotal: son los fieles cristianos. Y se reflexionó también, entonces, sobre dos temas que interesan a todos los cristianos: la educación y la comunicación social. Eran como los dos grandes temas sociológicos de aquel entonces, y lo son todavía, pero mezclados con otros más.

Después el Concilio entró con muchas ganas a ver lo que hay fuera de la Iglesia, en el mundo, que es mucho. Entonces nos acordamos de los veinte millones de católicos que son de rito oriental, que es mucha gente de los credos ortodoxos, porque visten como los ortodoxos, porque hablan griego, porque tienen la misma liturgia ortodoxa, pero son católicos, adhieren al Papa. Han sufrido siempre, desde todas partes, de parte de los anticristianos por ser cristianos, de parte de los cristianos ortodoxos por no ser ortodoxos, de parte de los católicos porque no podemos llegar hasta ellos y a los católicos occidentales también les incomodaban porque ellos siguen el rito oriental. Entonces nos acordamos de ellos. De hecho había algunos obispos cristianos orientales en el Concilio que se impactaron muy profundamente y nos hacían adquirir conciencia de que el cristianismo no es solamente el Vaticano, el Papa, los cardenales. Ésa es la Iglesia Católica occidental, pero también hay una Iglesia Católica oriental, que hoy día es muy poca cosa, pero el día de mañana podría dilatarse, si por ejemplo la Iglesia Ortodoxa se acercara a la Iglesia Católica. Después se meditó también sobre los cristianos no católicos, yo diría que la presencia de los protestantes fue muy importante en el Concilio, había ahí unos cincuenta observadores, casi todos los grandes teólogos, los grandes jerarcas de las iglesias protestantes, pero había algunos que tenían un rostro tan fraternal con la Iglesia Católica

que marcaron mucho, por ejemplo, los religiosos de Taizé. Recuerdo que el hermano Roger estuvo en Temuco algunos años después. De hecho ellos dos se hicieron católicos después del Concilio. Se creó un clima de respeto, de interés, fraternal con muchos teólogos y pastores protestantes, también con pastores de la Iglesia Ortodoxa. Hubo muchos gestos. Pablo VI hizo el gesto de concelebrar bajo el baldaquino de San Pedro, por primera vez en la historia, con el Patriarca de la Iglesia Ortodoxa: ahí los dos sentados en tronos absolutamente paralelos iguales, como que la Iglesia Católica tenía dos cabezas iguales. Pero aunque fue discutido, porque uno era la cabeza de la Iglesia Católica y el otro, la cabeza de la Iglesia Ortodoxa, y estamos separados por un cisma, por un asunto de disciplina, pero no por un punto de fe ni siquiera de liturgia. Esas diferencias son mínimas.

Entonces se habló de los no cristianos, los que son religiosos, pero no cristianos. Ese es el problema gigantesco del pueblo musulmán, son mil millones o más, tan numerosos como los cristianos, con una vitalidad enorme, con una agresividad enorme, también se pensó en ellos, aunque nunca tanto como en nuestros hermanos protestantes y ortodoxos. Y se revisaron dos temas muy importantes, uno que era nuevo, el tema de la libertad religiosa. Ahí hubo un progreso doctrinal. Había un famoso teólogo norteamericano, el padre Murray, que trabajó toda su vida para introducir en la Iglesia una manera nueva de ver con respecto a la libertad religiosa: hasta qué punto, yo por estar persuadido de que estoy en la verdad, tengo derecho a imponer mi religión a otro o de no respetar la religión del otro, porque no es la religión verdadera. Y el Concilio aprobó totalmente la tesis de este padre Murray y se hizo un documento sobre la libertad religiosa. Y finalmente, bueno, les dije, hubo dos documentos sobre educación y sobre comunicación social, temas candentes de la vida diaria. Y finalmente el documento que más llamó la atención al mundo, el que fue más anunciado, que era sobre la Iglesia en el mundo (*Gaudium et Spes*), que durante varias sesiones se anunció como Documento

13, y qué es o cómo se veía, hace 50 años, como veíamos los obispos el mundo contemporáneo. O sea, el mundo de hace 50 años: «*Gaudium et Spes*», «Alegoría y Esperanza». Cuando uno lo releo hoy día, sabiendo lo que ha pasado durante este medio siglo, a uno le da la impresión que no le achuntamos y uno también tiene la impresión que no podíamos achuntarle. Nadie sabe lo que va a pasar dentro de 50 años. Si escribiéramos un día un documento, qué va a pasar en el mundo, cómo va a ser la Iglesia en 50 años más, nadie sabe, el futuro es impredecible, está en manos de Dios y también en manos de los hombres. Pero creo que contribuyó bastante a eliminar cosas ya rancias, cosas que ya habían pasado, que se repetían. Quedó la sensación de que el mundo estaba cambiando y muy rápido, que muchas cosas se estaban yendo y se han ido, y que venían cosas nuevas, y han venido cosas nuevas. Pero no se supo predecir exactamente qué cosas nuevas venían. Ocurrieron muchas cosas que no esperábamos y que no deseábamos.

Esta es una visión general de los textos del Concilio. Todo esto es lo que está en un libro, que hoy día se lee bastante menos: es tan poco como las actas del Concilio Vaticano I o del Concilio de Trento, ahí al alcance de los estudiosos. Pero que la Iglesia ha cambiado enormemente en 50 años, no cabe duda y eso es obra del Concilio. Ahora, ocurrió con el Concilio algo que al parecer no había ocurrido con los concilios anteriores. El Concilio avanzó mucho, pero no avanzó todo lo que se podía avanzar, ni avanzó en todos los campos. Nunca se puede avanzar en todo. Se avanzó en muchas cosas, por ejemplo, se habló menos de magisterio y se habló más de diálogo, que es un cambio grande. Se habló menos de jerarquía y se habló más de comunidad. Hoy día la palabra jerarquía, la palabra magisterio, suena un poco obsoleta, en cambio la palabra diálogo y la palabra comunidad son más actuales. Pero si nos fijamos, esto también ha ocurrido, por ejemplo, en el ámbito de la familia. Hoy día se habla mucho menos de autoridad paterna y se habla mucho más de espíritu de familia, de convivencia familiar. Es así como en la *Gaudium et Spes* se trabajó mucho,

con una elaboración muy larga, fue muy esperada, fue muy bien acogida, pero porque trataba precisamente de la historia humana. Ha tenido menos duración en su vigencia que los otros textos, que trataban de ideas y no de hechos por vivir.

Ahora cuando uno piensa en el Concilio, somos muchos los que no pensamos tanto en la labor escrita sino que en la experiencia vital que fue el Concilio. En el Concilio, en primer lugar, todos los obispos del mundo, que entonces éramos tres mil o cuatro mil, tuvimos la oportunidad de conocer de cerca al Santo Padre, que primero fue Juan XXIII. Él era un Papa realmente extraordinario y un hombre muy bondadoso, y lo que aportaba, como él mismo se expresaba en esto, era: «hay que abrir las ventanas de la Iglesia, hay que dejar que entre aire fresco, no vivir en un aire confinado a puertas cerradas». Yo recuerdo una vez que fui al Museo del Prado en Madrid, donde se muestra en una pieza especial la obra maestra del museo que es *Las Meninas* de Velásquez, e hizo notar el guía que lo más notable que tiene este cuadro, es que el pintor Velásquez logró pintar el aire encerrado de la pieza. Y le hacen mirar a uno de espaldas al cuadro con un espejo, en forma que uno ve únicamente y dice: «en esta pieza hace falta abrir las ventanas». Cómo pudo el pintor con un pincel, con colores, pintar el aire encerrado de una pieza. Es el genio del arte.

Entonces había la impresión de que en la Iglesia estaba el aire un poco encerrado, o sea, hacía falta abrir las ventanas, hacía falta ventilar, que entrara aire fresco. Y eso fue una intuición genial, y esa sí que dura, de Juan XXIII. Hay que abrir las ventanas de la Iglesia. Hay que dejar que entre el aire fresco, no ese aire confinado que se vivía.

El primer obispo chileno que tuvo oportunidad de una audiencia personal fue un ex obispo de Temuco, el arzobispo de Concepción, monseñor Alfredo Silva Santiago. Algunos recuerdan que monseñor Alfredo Silva era bastante voluminoso y el papa Juan XXIII también, y él nos contaba cuando volvió que cuando llegó el momento de sacarse la foto (después de la audiencia siempre

aparece el fotógrafo); el Papa con el Obispo que lo acompaña se sacan una foto; el Papa lo miró de reojo y le dijo: «¿usted cree señor obispo que cabremos los dos en una sola foto?». Un Papa que es capaz de ser alegre, de ser chistoso, eso era un aire fresco. Contaban en París, donde él fue nuncio, que en una oportunidad el Papa estaba en una recepción oficial, él como nuncio en París con todos sus ornamentos, y entró una señora que llamó la atención porque era joven, muy bonita, muy elegante y parece que no con demasiada ropa, entonces la gente miraba a esta señora y miraban al Papa, diciendo qué va a decir. Entonces el Papa dijo: «es curioso, cuando entra en un salón en que está el Papa, una señora bonita, en vez de mirar a la señora bonita, me miran a mí». Bueno, entonces, ese es el aire fresco.

Después de él, vino Paulo VI, que era muy diferente, pero también impactó a los obispos. A mí me impactó verlo, de oírlo más a menudo. Qué posibilidades tenía un obispo de ver al Papa en su vida, una vez cada cinco años, por algunos minutos, en una visita *Ad Limina*. En cambio ahí, no es que el Papa estuviera todo el día ahí, pero se le veía mucho, se oía sus comentarios, etcétera. Bueno, eso creó un clima diferente en la Iglesia, más contacto entre los obispos y el Papa, y eso influyó en los mismos documentos conciliares. Después el contacto de los obispos entre sí. Eran pocos los obispos que uno conocía, conocía a los obispos chilenos. Con el Celam conocíamos a unos 30 o 40 obispos latinoamericanos, pero no eran muchos los obispos que uno tenía oportunidad de conocer. Ahí nos conocíamos todos, porque le podía tocar al lado del arzobispo de Nueva York. ¡No, porque éste era cardenal! Los cardenales estaban en las primeras filas. Pero obispos de Estados Unidos o podía tocarle un obispo de Nueva Guinea. Entonces uno sintió, vivió esa multiplicidad de razas, de culturas. Yo tenía al lado mío un obispo griego, él daba una impresión de pobreza, de soledad, me decía: «católicos en Grecia casi no hay allá, todos los cristianos son ortodoxos o cuando mucho habrá alguno de rito oriental, pero de rito occidental son muy pocos». Él era obispo de

Atenas, a quien se le veía su pobreza, en cambio uno podía tener al otro lado un obispo de alguna diócesis importante de Alemania, de Estados Unidos, un hombre poderoso que mandaba gente, que tenía recursos, que tenía miles de fieles. Conocer la Iglesia en la realidad.

Los obispos negros llamaban mucho la atención, eran muchos, era un número muy considerable. Llamaba la atención otra mentalidad, otra psicología; eso fue muy interesante. Ahora, también algunos obispos europeos y norteamericanos se quejaban de que cuando se les acercaba un obispo latinoamericano, les hacían siempre las mismas preguntas: «¿señor obispo, cuántos feligreses tiene usted en su diócesis? Tanto. ¿Y cuántos sacerdotes tiene usted?». Fíjese que yo tengo más feligreses que usted y tengo la cuarta parte... y ¿no podría usted enviarnos algunos sacerdotes como misioneros?» Y la otra pregunta, muchas veces parecida a la otra, «señor obispo, en mi diócesis tengo tanta cosa... fíjese que los recursos de la diócesis son tanto, no pasa de ser tantos miles de dólares». Entonces el obispo sabía que venía el pedido. Entonces, decían, los obispos latinoamericanos se quejan mucho de la escasez de sacerdotes y de la escasez de recursos. Se acercaban a los obispos más poderosos, en recursos y en clero, para pedirles, pero también eso creaba un clima de fraternidad, de intercambio, de darnos cuenta de que no todos éramos iguales, de que había algunos ricos y otros pobres. Había algunos con Iglesias muy prósperas y otros con Iglesias muy débiles. Eso fue un gran progreso.

Después la oportunidad de estar con los observadores protestantes o de otras religiones. Yo, personalmente, disfruté mucho de poder hacer amigos, poder conversar con gente no cristiana, con protestantes, con judíos, con ortodoxos, otras culturas. Gente que tiene muchos prejuicios con respecto a nosotros los católicos, como nosotros también. Sin darnos cuenta, tenemos muchos prejuicios con respecto a ellos, y de repente se deshacían los prejuicios, porque somos hijos del mismo Dios. Fue muy interesante también el contacto con los grandes teólogos; todos los teólogos importantes

del mundo estaban en Roma. Yo me acuerdo que en una oportunidad, como me eduqué en Francia, y hablo francés, estaba conversando con un gran teólogo francés, el padre De Lubac, a quien le pregunté: «¿padre De Lubac, usted podría recomendarme algún libro bueno que haya salido últimamente sobre Dios?». Yo pensé que me iba a decir mira hay estos textos... Me dijo: «buena pregunta, fíjese que no sé». Yo dije, «porque yo leí hace años el libro suyo, que es una maravilla, que era algo sobre el ateísmo del siglo XIX». Y me dijo: «eso ya está sobrepasado... olvídese». Entonces pasaba por ahí otro teólogo francés, el padre Congar, entonces dijo: «Congar, ven para acá, el señor Obispo me está preguntando por algún libro bueno reciente sobre Dios, ¿qué le aconsejarías tú?». Entonces Congar: «mire —dijo—, no sé si tú has sabido si ha salido un libro nuevo de un señor desconocido sobre Dios, yo lo he hojeado, puede ser interesante». Entonces ver que dos grandes teólogos no contestan todas las preguntas, ni siquiera un libro sobre Dios: pareciera que eso es estar en medio de la teología viva. Una vez me acuerdo que dio una charla a los obispos chilenos el padre Rahner, un jesuita alemán que era uno de los más grandes teólogos de la época. Entonces también nos sorprendía a nosotros ver las vacilaciones del padre Rahner, a algunas preguntas decía: «no sé, no sé, fíjese que no lo había pensado nunca». Entonces ver la teología, no en libros, que están ya con su precio, sino que en los teólogos, en los que hacen la teología, verlos vacilar, dudar, discutir entre ellos, era muy interesante.

Después el contacto que hice con los obispos del mundo, también la presencia de la prensa. Nosotros sabíamos que en todos los diarios del mundo salía alguna vez esa imagen del Concilio Vaticano, esa grandiosidad de San Pedro y todos los obispos de morado, y nosotros decíamos: «será ésta, la buena imagen de la Iglesia para dársela al mundo en este momento, ¿no da la impresión que esto es una cosa del pasado, que es una reliquia del Renacimiento?». Porque el marco era renacentista, porque no se podía construir una catedral nueva, moderna para el Concilio, había que aprove-

char la que había. Además, la prensa y todos los diarios tenían un corresponsal en Roma. Era interesante leer lo que decían los corresponsales laicos, muchas veces no cristianos, no católicos, acerca de lo que decíamos nosotros del Concilio. Yo diría que en esos cuatro años, ocho meses, nosotros maduramos, crecimos como si hubiésemos dado la vuelta al mundo, como si hubiésemos podido conversar con cientos de personas, porque tuvimos la oportunidad de hacerlo ahí.